



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Los dos choques de la conquista de la Nueva España

Autor: Bosch García, Carlos

Forma sugerida de citar: Bosch, C. (1992). Los dos choques de la conquista de la Nueva España. *Cuadernos Americanos*, 2(32), 166-178.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VI, núm. 32, (marzo-abril de 1992).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LOS DOS CHOQUES DE LA CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA

Por *Carlos BOSCH GARCÍA*
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS, UNAM

LA ARQUEOLOGÍA y otros campos de investigación han permitido nuevos acercamientos al estudio de la diáspora mexicana que comenzó en Aztlan. Este nuevo acercamiento permite apreciar tanto lo explicativo y eterno del mito como su valor perpetuo, además de los diversos hechos concretos que en realidad sucedieron. El destino de los mexicas era encontrar el eje del cosmos donde se levantaría el Recinto Sagrado con los templos y la plaza central. La versión de la diáspora rehecha por orden de Itzcóatl (1426-1440) se estampó en nuevos códices que mostraron la interpretación oficial de esa interpretación histórica. Mito e historia resultaron ser una dualidad paralela en el mundo prehispánico, que es necesaria para entender lo que aconteció.

La caída de la gran Tula está estrechamente ligada a la salida de los aztecas hacia un mejor paraje. El principio del recorrido de los mexicas fue la consecuencia de diversos factores que repercutieron en la organización política del estado tolteca, causando finalmente su destrucción. Todos fueron parte de un grupo mayor, encabezado por un mando unificado, y con el nombre de mexicas emprendieron la marcha hacia la región lacustre central de nuestro territorio. De esta manera, debe concebirse la decadencia de la civilización tolteca como contemporánea a la fe intransigente de los antiguos mexicanos por encontrar un lugar propio donde poder superar la condición de vasallos de ese grupo mayoritario. El esfuerzo dio a los mexicas, la determinación de ganar, primero, su libertad y luego de imponerse a los vecinos para establecer su imperio. Un sacerdote les reveló, además, la existencia de un espacio dominado por Huitzilopochtli, en cuyo centro existiría una zona sin paralelo para sus propósitos.

Unos dos siglos duró la travesía de los peregrinos aztecas. El recorrido fue tan largo, entre Aztlan y Tenochtitlan, que en el siglo xv los propios aztecas ya desconocieron la posición de Aztlan y el recorrido hecho por sus antepasados para llegar a Tula durante el siglo xii. El largo recorrido produjo la necesidad de hacer varias estaciones con estancias más o menos prolongadas, como las muy especiales de Coatepec y de Chapultepec, desde donde comenzaron los conflictos con las naciones vecinas. Así sucedió hasta que el mito religioso resolvió que habría un tunal hermoso llamado Tenochtitlan en el que vivía un águila. De esa forma la leyenda se relacionaba y apoyaba con hechos verídicos que fueron reinterpretados en una sola exégesis cósmica. De esa manera se sacralizaron los primordiales sucesos para siempre.

Tras su derrota en Chapultepec, los aztecas se sometieron al señor de Culhuacan y finalmente se refugiaron en Tizapan donde las culebras debían extinguirlos, en vez de lo cual ellos se las comieron como sustento. Su estancia en Tizapan fue la del momento en que distinguirían la señal del águila, desgarrando una víbora sobre un nopal lleno de tunas, rojas como corazones, situado en una isla del lago de la luna que después se llamó Texcoco, pues desde allí el pueblo del Sol, elegido por Huitzilopochtli, podría engrandecerse y transformarse en el señor del mundo para convertirse en el instrumento con el que dios realizaría sus proezas.

La señal apareció donde más tarde se construiría la montaña sagrada. Ésta sería el Templo Mayor de los mexicanos, donde convergerían los dioses y los mortales porque sería el vórtice de tiempo y espacio, y el lugar más venerable de la recién encontrada isla fértil. En el Templo Mayor se encontraron los mitos vivos y el centro de los cuatro rumbos del universo y en él se separaron las áreas sagradas de las profanas. La ciudad de Tenochtitlan, fundada en 1325, producida por un pueblo defensivo, de acuerdo con las crónicas, se convirtió en la ciudad avasalladora de 350 pueblos que dominó para establecer su imperio desde esa Plaza Mayor ocupada por seres divinos humanos, además de, aparentemente, inmortales, que practicarían en ella los ritos divinos y humanos. El lugar serviría, además, para congregarse su pueblo en la contemplación de actividades rituales de los dignatarios y de los destinados al sacrificio. Por ello, su espacio de religión y de mito nunca se convirtió en mercado.

Estos espacios, símbolos del poder divino y terrenal, desaparecerían, sin embargo, con mayor facilidad que las pirámides. Con la llegada del credo invasor se dispuso destruir esos espacios repre-

sentantes de los símbolos religiosos y naturales, y se transformaron en solares para los más distinguidos capitanes destructores de la conquista. Para Hernán Cortés la futura plaza de la conquista debía construirse al margen, ni tan cerca que se confundiera ni tan lejos que se olvidara la importancia de aquellos atributos políticos heredados. En Tenochtitlan ambas plazas, la cristiana y la indígena, tuvieron un parentesco por esa razón. La una representaría el principio de la era colonial y la otra el fin de la era prehispánica y estarían opuestas en su significado fundamental por lo que cada una representaba, al igual que estaban enfrentados los dos pueblos que representaban.

Detrás del significado de cada una de las plazas de México estaba el simbolismo del encuentro de Moctezuma con Cortés y también el hecho de que América, gracias a Cortés y sus hombres, dejó de ser el principio de Asia para convertirse en el fin de Occidente, tal como quedó explícito en la conversación habida entre ellos en Huitzilan. Allí Moctezuma se hizo pasar por el último descendiente de la estirpe, cuyo trono legaba a Cortés, y le recordaba la predestinación que significaba su llegada desde un lugar a todos "escondido". Considerado como la reencarnación de Quetzalcóatl, Cortés se convertía en el dueño del país y del trono que se le entregaba. De hecho, los propios mitos destruyeron en apariencia la civilización local que todavía se rebelaría con fuerza en contra de su conquista.

Esa civilización había mantenido una dinámica capaz de enmarcarse en un cuadro de evolución histórico-cultural con fechas relativas y características que operan en conjunto. De su estudio pueden establecerse tres llamados "horizontes": Primitivo, Preclásico o Formativo y Clásico.

El horizonte Primitivo termina en los años 2000 a.C. y representa una cultura de nivel rudimentario o germinal, con economía aleatoria y grupos sociales de familias nomádicas o seminomádicas.

El Formativo o Preclásico, desde 2000 llega a 200 d.C. y marca un nivel de cultura en proceso de desarrollo, con economía estable y autosuficiente y sociedades aldeanas rurales o comunidades de economía mixta.

El horizonte Clásico parte del año 200 d.C. y llega hasta 900 d.C., ofreciendo un nivel cultural ya maduro, con una cultura altamente evolucionada y desarrollada, con economía de excedente y de comercio y con sociedades urbanas o civilizaciones.

En esos tres horizontes culturales mexicanos los grupos fueron desarrollando a la vez una cultura propia, con elementos y rasgos

que unas veces se extinguían mientras otras evolucionaban hacia etapas superiores, para formar estilos y tradiciones perceptibles en el tiempo. Se puede establecer una serie de "periodos" con tiempos menos largos, pues al tomarse en conjunto sus características principales se distinguen sus estructuras.

Así, para el horizonte Primitivo podemos distinguir un periodo Lítico o Pre-agrícola, fechable de 10000 a 700 a.C., habitado por cazadores de fauna pleistocénica, recolectores, con población dispersa, artefactos de piedra y grupos integrados en microbandas nómadas con culturas muy elementales.

El siguiente periodo, Proto-Agrícola incipiente, fechado entre 7000 y 5000 a.C., cuenta con caza de animales menores y una recolección especializada por la presencia de plantas tales como amaranto, frijol, calabaza, maíz silvestre y aguacate. Además contaban con puntas de proyectil e implementos especializados para la recolección. Practicaban cierto nomadismo estacional y conformaban macrobandas.

El siguiente periodo fue el Agrícola, fechado entre 5000 y 3000 a.C. La agricultura se inicia con el cultivo de maíz, calabaza, zapote, chile, frijol y algodón. Se desarrolla la cestería y los tejidos, los entierros en cuevas, las puntas de proyectil, las redes y la pesca, los clanes patrilineales y el shamanismo, el nomadismo estacional y las macrobandas.

Siguió el Proto-Preclásico, de 3000 a 2000 a.C., caracterizado por la vida plenamente sedentaria, el inicio de la vivienda semisubterránea, la domesticación del perro, el uso de recipientes de piedra, más variedad de plantas cultivadas, y la introducción de la cerámica.

A continuación se sitúa el periodo Preclásico que se divide en Temprano, Medio y Tardío. El Temprano, desde 2000 a 1300 a.C., se caracteriza por una cerámica elaborada, de acuerdo con dos tradiciones principales, una en el Altiplano central y la otra en la costa del Golfo. La primera tiene formas esféricas y decoraciones de incisión, y la segunda de bases planas y decoración excavada o excisa. Las formas son preferentemente tecomates, platos, cuencos sencillos y vasijas de silueta compuesta. La época muestra comunidades rurales, chozas, agricultura desarrollada, caza, pesca y recolección. Se encuentra una economía mixta y el inicio de los cultos a la fecundidad como lo muestran las abundantes figurillas femeninas. Cerámica monocroma, negra, blanca, rojiza o negruzca.

El Preclásico Medio fue desde 1300 a 800 a.C., y determinó nuevos adelantos, las aldeas se transformaron en villas, creció la po-

blación, se construyeron chozas sobre plataformas de tierra y piedra, se desarrolló la magia y las deidades de la lluvia a la vez que se elaboraron orejeras de barro y se inició el tallado del jade y de otras piedras verdes. También evolucionó la cerámica que fue bicroma con vertedera y asa de estribo, vasijas silbadoras, incensarios de tres picos y otras modalidades, además de figurillas con ojos perforados, pavimentos de lajas de piedra, entierros delimitados, deidades jaguares, clanes totémicos, shamanes, máscaras de barro y yugos pequeños. Se inicia el uso del chapopote, la pintura negativa y el fresco.

El Preclásico Superior, 800 a 200 a.C., inició la arquitectura y los centros ceremoniales no planificados, con basamentos escalonados y montículos funerarios. Aparece el dios del fuego y se inicia el sacerdocio y la religión formalizada a la vez que el calendario, la numeración y la escritura jeroglífica.

Esa época presenta también mascarones estucados, esculturas monumentales, lápidas en bajorrelieve, incensarios de mango, trabajo de alabastro, construcciones de adobe, espejos de pirita, canoas de troncos ahuecados, altares monolíticos, terrazas de cultivo, comercio extensivo, ornamentos y otros rasgos culturales avanzados. La cerámica se vuelve policroma, predomina la pintura negativa y al fresco, y se hacen platos con bordes acanalados, silbatos, soportes semimamiformes y decoración con pinturas simbólicas de la lluvia.

Siguió el periodo Protoclásico, de 200 a.C. a 200 d.C., donde comenzaron las civilizaciones con rasgos del periodo anterior que culminan en las culturas locales. La arquitectura se desarrolló con centros ceremoniales que incluían plazas y adoratorios, habitaciones con columnas, escalinatas, basamentos escalonados, fachadas y tumbas con pinturas, mascarones y otros adelantos arquitectónicos. Aparecieron rebordes labiados en la cerámica, las vasijas tetrápodes, la doble asa vertedera, vasos con tapadera, aumentaron las deidades, las tumbas se construyeron con antecámara, aparecieron huesos con bajorrelieves, se inició el culto a las estelas y se hicieron grandes progresos hacia la verdadera civilización.

En el periodo Clásico Temprano, de 200 a 450 d.C., se integraron los grandes centros ceremoniales planificados, poblaciones de tipo urbano, gran desarrollo de las artes, la religión y la organización social, así como los conocimientos astronómicos, el calendario, la escritura jeroglífica y la numeración.

En el Clásico Tardío, de 450 a 700 d.C., los centros urbanos llegaron a tener auge, una mayor intensidad el comercio y los conocimientos crecieron, al igual que la religión y la sociedad.

En el periodo Clásico se observan las sociedades urbanas, el politeísmo, los dioses con atributos reconocibles, los yugos, las palmas y las hachas de piedra, los juegos de pelota, las figurillas moldeadas huecas, el arco falso o bóveda salidiza, el culto a las estelas, la astronomía, la escritura jeroglífica, los juguetes con ruedas, columnas, pilastras, patios hundidos, relieves en estuco, vasos decorados al fresco, cerámica anaranjada delgada, figurillas sonrientes y otros adelantos.

Todavía continuó un Proto-posclásico, de 700 a 900 d.C., en que se inicia el militarismo, la creación del Quinto Sol, se abandonaron muchos centros ceremoniales mientras otros heredaron elementos del Clásico. En esa época se formó la cultura tolteca y la de los estilos Puuc-Chenes-Río Bec, con antecedentes provenientes de la época anterior. Surgen las columnas monolíticas con capitel, *la decoración de las fachadas, y las tumbas con grecas o mosaico, los basamentos con nichos, atlantes, bajorrelieves en lápidas*, y quizá se inició la metalurgia, el arco y la flecha, se iniciaron las fuentes escritas aun cuando hablaban de temas míticos.

Finalmente tuvo lugar el periodo Posclásico, que se divide en Temprano y Tardío. El primero desde 900 hasta 1200 d.C., en que predominó la cultura tolteca, y el Posclásico Tardío, dominado por los chichimecas y los mexicanos abarcando desde 1200 hasta 1521 d.C. Los rasgos de estos periodos son el predominio del militarismo, la agricultura por medio de riego y chinampas, los acueductos, la metalurgia del cobre, el oro y la plata, la plumería, el arco y la flecha, los códices y otras fuentes históricas, los templos gemelos, las tumbas, los mausoleos, el tallado del alabastro y de la madera, los tambores musicales, la cerámica Mazapan, Azteca y Mixteca, las alianzas y las órdenes militares, templos redondos y otros rasgos.

Es de observarse cómo el desarrollo de los pueblos incluidos en el ámbito geográfico de México tuvo una larga y complicada evolución que los llevó desde los estratos más primitivos de los recolectores hasta el establecimiento de sus culturas peculiares con que llegaron a 1521.

Los periodos antecedentes al Proto-posclásico fueron importantes porque en ellos se operaron esos cambios definitivos de las tradiciones culturales y de los estilos artísticos, adoptando parte de los rasgos ya establecidos y creando otros nuevos. También se

puede decir que el periodo Proto-colonial, que se extiende desde 1521 hasta 1600 d.C., vio la fusión de la cultura prehispánica con la española para producir nuevas manifestaciones que matizaron el periodo colonial. Muchos de los productos americanos en esa etapa fueron asimilados al primer contacto con los conquistadores por las culturas de occidente.

Fue un proceso doble el que se inició entonces, de asimilación de los pueblos y las culturas indígenas, por un lado, pero a la vez de rechazo de las mismas. Esa doble función: destrucción de lo religioso en las culturas indígenas junto con sus mitos, su arquitectura y su arte, que por su significado mítico y religioso se pretendió sustituir con lo perteneciente a los conquistadores que, como tales, produjeron la invasión de la conquista, después de la toma de Tenochtitlan. En esa invasión el mundo indígena pudo sobrevivir, por asimilación, sobre todo a partir de los estratos serviles, con algunos de los rasgos culturales característicos de la identidad indígena que, de alguna manera, afectaron a los mestizos surgidos de la mezcla.

Las crónicas han descrito la fastuosa y opulenta entrada de Cortés a Tenochtitlan, que significó el principio de ese contacto cultural, acompañado de Moctezuma, quien, por su parte, desplegó una cortesía principesca al dirigirlo a su ciudad para, finalmente, hacerlo acompañar hasta su residencia por Cuitláhuac, el hermano del emperador. Al lado estaba el edificio de Axayácatl, padre de Moctezuma, donde los españoles instalaron su real, después de que Moctezuma lo entregó a Cortés y le impuso el extraordinario collar de oro que le regaló antes de retirarse. Comieron y durmieron en ese palacio.

En breve, Moctezuma regresó, curioso por saber la razón de la llegada de Cortés, quien habló de la necesidad de anunciar y propagar la verdadera fe cristiana. Después de hacer nuevos obsequios, Moctezuma se retiró con la misma suntuosidad con que llegó, dejando a todos admirados por su afabilidad y magnificencia.

Esa noche los españoles asustaron a los aztecas con una descarga general de artillería para celebrar su llegada a Tenochtitlan. La superstición de los indígenas fue instigada por Cortés para mostrar la fuerza de sus poderes sobrenaturales, que dominaban las centellas y los truenos.

Estaban enfrentadas dos culturas bien distintas. Ambas habían evolucionado desde su nivel más primitivo, pero acopladas a ámbitos diferentes y cronologías dispares al aparecer y establecerse

los conquistadores en la capital de Temixtitlan, según la llamaba Cortés. Hasta ahí las cosas fueron bien, pero tuvo que surgir la tragedia que puso término a la posible evolución de las culturas prehispánicas, impidiendo que siguieran su curso de desarrollo natural, para llevarlas al nivel de las europeas. En cambio fueron mal asimiladas en el mundo de occidente.

Moctezuma intentó primero detener la llegada de sus visitantes a la capital, y fue consciente de la fuerza de los invasores demostrada en las jornadas de Cholula, arrasada y saqueada en pocas horas con la ayuda de los tlaxcaltecas enemigos de los mexicas. La primera vez, Hernán Cortés había entrado al valle de México pasando entre las cimas nevadas para ser recibido por el emperador, tal como hemos explicado arriba. En la capital, al ir en busca de seguridad para sus tropas, el conquistador decidió con sus capitanes apresar al emperador Moctezuma y conservarlo como rehén. A ese disgusto de los indígenas se sumó la molestia causada por la prisión de Cacama y de Cuitláhuac y la insistencia de Cortés para que abandonaran sus prácticas religiosas y aceptaran la soberanía del rey de España, al que debían hacer regalos. La irritación de los mexicanos aumentó con la destrucción de los ídolos del Templo Mayor y dieron comienzo a los preparativos para combatir a los españoles en defensa de su país.

Al salir Cortés de la ciudad de México para enfrentar el ataque del gobernador de Cuba, se agravó la situación de los españoles en México. Las ofensas infligidas al emperador y a los dioses de los mexicas habían empeorado la situación. La nación se levantaba en contra de sus conquistadores que, además, pasaron a cuchillo a los asistentes a la fiesta en homenaje de Huitzilopochtli celebrada en la plaza del Templo Mayor. La respuesta fue el sitio al real español.

Cuando Cortés volvió, después de su viaje a la costa, encontró la situación empeorada y azuzada por Cuitláhuac, puesto en libertad por Alvarado para que calmara los ánimos. Al contrario, él fue quien dirigió la batalla, que se prolongó varios días con ruda fiereza. Cuando estaban a punto de asaltar el edificio, Cortés exhibió a Moctezuma en una terraza para que invocara la paz de los suyos. El emperador quedó malherido para morir después. Cortés se vio obligado a salir de la ciudad. Escapó con sus fuerzas, por Tacuba, en la noche del 30 de junio, llamada la "noche triste". Fue hacia Tlaxcala, aunque tuvo que enfrentar obstáculos en su camino.

Cortés reforzó sus huestes desplegando su mejor diplomacia para atraer a los enemigos de México, además de encargar la construcción de los trece bergantines que le apoyarían en el momento

del ataque desde el lago. Situó su cuartel general en Texcoco e hizo maniobras envolventes alrededor del lago.

El ataque comenzó a mediados de mayo, con gran ferocidad de ambos lados, apoyado moralmente en la guerra justa con todas las consecuencias que esto tendría sobre los vencidos, aparte de lo que significaría la imposición de la religión y de la corona real. Tres meses duró la resistencia de la ciudad sitiada y Cuauhtémoc, alma de la defensa, no admitía las ofertas de paz. El 13 de agosto, cuando juzgó imposible seguir resistiendo, huyó en una canoa que fue apresada por uno de los bergantines y se entregó. La muerte reinaba en la ciudad que desalojaron para evitar epidemias. Pero a la victoria siguió la búsqueda del tesoro, supuestamente habido por los emperadores, que se esperaba repartir como botín de guerra para resarcirse de los gastos y premiar los méritos en campaña, como era costumbre en el mundo de occidente. Aunque nada consiguieron los conquistadores, resultó el tormento de Cuauhtémoc.

La violenta defensa y el ataque de la ciudad de México constituyó una lucha épica y un duelo a muerte de dos pueblos guerreros y conquistadores con una misión a cumplir cada uno de ellos porque estaban convencidos de ser elegidos para dominar sobre las demás naciones.

Conquistada así la ciudad, es de observarse cómo, muy pronto, se hizo el primer plano de la misma, que acompañó la primera *Carta de Relación* cortesiana, publicada en 1524, y dibujado entre noviembre de 1519 y mayo de 1520. La traza revela una voluntad determinada de sobreponerse a lo indígena, además de proporcionar los espacios necesarios para los nuevos quehaceres públicos. Según los estudios, la retícula no procede de los principios renacentistas de la época, sino de las ciudades castrenses medievales de los siglos XI a XIV. Éstas inspiraron la nueva retícula americana por circunstancias bien conocidas como que, después de la caída de Tenochtitlan, el 13 de agosto de 1521, por la furia de la Conquista y después de arrasar el asentamiento mexica, se discutió el posible lugar para asentar la capital del nuevo reino americano de la Nueva España. Sólo Cortés fue partidario de reconstruir la destruida villa de la laguna, en vista de que fue la señora de otras provincias y debía continuar siéndolo en tiempos cristianos.

En consecuencia, la nueva traza en forma de tablero plano se superpuso simbólicamente a la indígena, con las transformaciones del "jumetra" Alonso García Bravo, que trabajó en ese mester desde 1524, después de que las obras comenzaran entre noviembre de

1521 y mayo de 1522. Aun cuando fue simbólico que la población indígena se mantuviera extramuros, como sucedía consuetudinariamente en las ciudades fundadas en tierra de enemigos, la Plaza Mayor terminó por actuar como catalizador para el mestizaje. Éste ya había principiado en lo físico, pues muchas de las piedras de los teocallis fueron reutilizadas en los basamentos de la catedral encimada, en parte, al Recinto Sagrado azteca. Pero, además, se construyó sobre el eje este-oeste con la fachada hacia las casas de Cortés.

Los solares comenzaron a repartirse entre los victoriosos a partir de 1523 y, poco después, se registraron los asentamientos en las Actas del Cabildo de la ciudad fechados en 1527. De acuerdo con la reglamentación castellana se establecieron las instituciones de gobierno en la Plaza Mayor y, a su alrededor, se entregaron las tierras de los conquistadores más distinguidos, bajando la categoría de los mismos a medida que se alejaban del centro de la ciudad. La primera mitad del siglo XVI muestra un sentimiento de gran inseguridad en las construcciones, pues todas fueron recias y de carácter militar, llenas de características medievales como torres y almenas para la defensa. La ciudad se construyó con la ayuda de los indígenas, población vencida repartida y mantenida a la disposición, además de encomendada para asegurar su producción y mantener para producir el islote de recelo de los hombres de a caballo, que buscaban hacer de México una ciudad digna de encabezar, con majestad, al más grande virreinato. En efecto, desde 1524 a 1531 comenzaron a perfilarse en derredor de la plaza la catedral, las Casas de Cabildo y las "Casas Nuevas" de Cortés.

Las características medievalizantes con que la capital del virreinato se había construido fueron modificadas en cuanto el gobierno colonial logró reorganizarse en torno a la centralización de poder. Esta política quedó reflejada en España por la legislación de Cisneros durante los Reyes Católicos y en Nueva España por las Leyes Nuevas de 1542.

En lo social fue de importancia mayor la represión, por la administración, de los conquistadores y señores novohispanos, como consecuencia del levantamiento de Martín Cortés, hijo del conquistador. Pero también fue importante en la educación de los novohispanos la fundación de la Real y Pontificia Universidad de la Nueva España y en la religión la expansión definitiva y constante de la evangelización. No deja de ser significativo el que la corona, a la vez que construía la Nueva Catedral en 1562, comprara las casas de Cortés para dedicar una a casa de Dios y otra a la morada del

virrey. La reunión de poderes en el mismo espacio era importante en una sociedad donde el obispo, a veces, también era el virrey. Sin embargo, el Ayuntamiento podía luchar en su favor apoyándose en los tendajones que había instalado en la propia Plaza Mayor, que al igual distanciaba que reunía, porque se convertía en el foro abierto de la ciudad.

La centralización del poder, que trajo el regalismo, dio todavía una mayor importancia a la Plaza Mayor de la ciudad de México convertida en la capital indiscutible y representante del poder regalista del Virreinato en la Nueva España. En ella se acabó con el señorío y con la Edad Media española en forma definitiva, al quitar los privilegios señoriales a los conquistadores, cuyas funciones fueron suplidas por las avalanchas de los burócratas, recién llegadas, que nada tuvieron que ver en el proceso.

Si el primer episodio significó un cambio tan radical para los indios, quienes sobrevivieron al primer gran encontronazo guerrero sufriendo las consecuencias que significaba perder en la guerra, no fueron menos importantes los que la recién llegada población medieval conquistadora sufrió con la consolidación del centralismo moderno triunfante, que se gestaba en la corona de Castilla. Mientras el triunfo político tenía lugar, ellos extemporáneamente seguían su empresa de conquista expansiva que después de consolidar un lugar se lanzaba sobre otro.

La misión fue característica de la idiosincracia de los hombres de tierra adentro y constituyó su destino vital en conformidad con lo que fue su pasado. El castellano arrastraba detrás de sí la reconquista de su propio suelo en la lucha con los moros. Tanto los reyes como sus vasallos entendieron esa empresa como la principal del reinado. Fue en tierra de moros donde se trató de asegurar la pervivencia de la soberanía de sus reyes y de afianzar su religión; estas tareas se plantearon de nuevo en América.

Al terminar la reconquista de Andalucía sucedió precisamente eso, lo mismo que más tarde ocurrió en América con la tierra y las prebendas. La consecuencia fue que el pueblo castellano se proyectara fuera de la Península para complacer el orgullo de sus reyes, extender su religión como en Granada y, por qué no, para satisfacer sus propias esperanzas y necesidades, que no pudo saciar en su guerra contra el infiel islamita.

Aunque se deseara la unión de España y de los diferentes reinos, ésta no se podía lograr y tanto los descubridores como los conquistadores resultaron ser opuestos en el diálogo con la corona: los

conquistadores representaron la herencia medieval y la realeza la "modernidad" de la centralización. En el fondo, eran dos tendencias incompatibles entre sí, que al chocar estuvieron en la base de la historia de la Nueva España en el siglo xvi, porque la primera tendencia, la de los conquistadores, acentuaría el individualismo y la libre empresa y la segunda, la de la corona, el estado centralista y regalista. Por ello la primera mitad del siglo xvi se convirtió en una época de transición que finalizaría inclinándose hacia la centralización de la Nueva España.

Aunque los Reyes Católicos pusieron en práctica sus reformas religiosas y políticas, no lograron destruir las ilusiones perseguidas por sus conquistadores, quienes buscaron, en América, la quimera de reproducir la situación de la Reconquista, para formar señoríos apoyados con el reconocimiento de sus méritos, como les fue ofrecido por los reyes en las capitulaciones iniciales que firmaron.

La gran desilusión vino al convertirse el derecho al botín en una merced real, que desconocía el derecho tradicional del conquistador, quien nunca pudo olvidar el espíritu señorial, como ya hemos dejado en claro.

La arrogancia de los conquistadores ante su desilusión provocó la segunda gran lucha de la corona por la centralización (la primera tuvo lugar en España). Por ambos lados se actuó con el empecinamiento que caracterizó la política colonial y de esa testarudez dan noticia suficiente las audiencias, las Instrucciones al virrey Mendoza y las Leyes Nuevas que citamos arriba. Esos medios se usaron para destruir la hegemonía de los conquistadores señoriales de la Nueva España y los atacaron en su punto más vulnerable, que fue el de las encomiendas de los indios para el trabajo.

La corona buscaba una organización estatal monstruosa por su magnitud y extensión —dedicada a destruir el individuo, el conquistador—, para mantener aisladas las colonias y garantizar su evangelización, a la vez que aislaba a la Península Ibérica de la verdadera modernidad europea desarrollada en los países sajones. Ello significó el peor atentado contra la libre empresa, pues hundió a la nación en el atraso más penoso frente a los logros de las demás naciones de Europa. Por estar la corona asediada por sus acreedores y en la ruina, puso en peligro su propia centralización, al carecer de suficientes recursos y verse obligada a firmar capitulaciones con la empresa privada de sus vasallos. La primera fase del descubrimiento y también de la conquista, estuvo a cargo de particulares, pues el sistema económico y social del señorío no se pudo

trasplantar oficialmente a América y, así, la intervención del capital de los mercaderes fue trascendental, aun cuando la corona nunca renunciara a su soberanía en lo que se conquistara.

Es fundamental entender cómo la actuación de soldados, descubridores y monjes buscaba prolongar el último capítulo feudal por ellos no aprovechado y vivido en la historia de España, que pensaron recuperar en América. Por esa misma razón, al abandonarse el proyecto, aparentemente interrumpido, del camino de las especias, volvieron a zarpar las naves en el Pacífico.

Quien mejor resultado obtuvo en América por extender ese capítulo medieval fue, sin duda, Hernán Cortés. Pero su caso ha de considerarse una excepción porque la corona española era recelosa y desagradecida por naturaleza. El conflicto entre el poder real y los conquistadores resultó muy violento y, a corto plazo, la corona llevó las de perder, aunque al final los conquistadores fueran derrotados.

A pesar de todo, de la economía y de las necesidades, los súbditos desdeñados por la corona en América concretaron conocimientos de todo tipo y llegaron a establecer la postura del Nuevo Continente dentro del cuadro universal, que formaría la nueva imagen geográfica del mundo.